

Un Rayo de Esperanza

Se podría decir que había esperado toda su vida adulta para este momento. En la pequeña sala con otros cuatro candidatos, el corazón se le desbocó al oír su nombre, seguido de su segundo apellido.

Pasados los primeros minutos de la entrevista, empezó a relajarse. Estaba yendo muy bien y el entrevistador pensaba lo mismo. El puesto era suyo, pero con un sueldo inferior al que merecía.

—¿Alguna pregunta, Carmen?

No sabía si jugársela, pero si no lo hacía tenía la certeza de que se arrepentiría.

—Sólo una. ¿Cree usted que con mi currículum vitae y con más de 30 años de trabajo a mis espaldas merezco percibir un 35% menos que mis homónimos masculinos?

Ramón, Director de Recursos Humanos, parpadea ante semejante arrojito. Recolocándose en su silla hace crujir el cuero, se atusa el bigote y baja la mirada para releer sus notas. "Carmen Serrano, 27 años, polivalente, motivada, resolutiva, con ingles fluido, sin espacios en blanco, candidata idónea".

Ya a punto de jubilarse, había visto pocos perfiles así. Claro que merecía ganar igual que un hombre o incluso más. Sin ir más lejos, su hijo Ignacio tenía también 27 años y aún no había terminado la carrera el muy holgazán. Por no hablar de Inés, dos años más pequeña y que con cinco veranos en academias de Londres sólo sabía decir "One pint of Lager please". La broma ya no tenía gracia.

Pero algo no le cuadraba

—Me dice, Carmen, que tiene 30 años de experiencia laboral, pero usted tiene 27. Aquí solo veo trabajos esporádicos de camarera y de verano en Glasgow para pagarse los estudios, según me ha comentado. Seguido de unas prácticas laborales.

—Con el debido respeto, he sumado los años que mi madre tuvo que trabajar para que yo pudiera estudiar.

Ramón, asiente ante el agradecimiento que Carmen le profesa a su madre y que él quisiera recibir de sus hijos. Exhala y piensa que le quedan dos años para



Un Rayo de Esperanza

jubilarse. No lo han despedido antes porque tendrían que pagarle una jugosa indemnización. Porque está cansado de ver casos así y más de una vez se lo ha recriminado a Paco, el Gerente. Está decidido a cambiar las cosas, a arriesgarse y a enfrentarse a su jefe. Si le despiden o le piden que se prejuble, tendrá más tiempo para ir a comer chicharrones a Chiclana con una "Lager" bien fría. Los niños ya son mayores y pueden empezar a buscarse la vida "cagüendiez". Silenciosamente, garabatea la suma que le parece justa y, mirando a la candidata como a una persona y no como a una mujer, le muestra el papel.

—¿Con esta cifra aceptaría el puesto?

Carmen sonrío y le da un buen apretón de manos, como le enseñaron los escoceses.

Afuera, el sol brilla un poco más, hubo días que los rayos de sol de su Andalucía querida no le calentaban. Ya puestos decidió irse lejos a un sitio gris, donde naciera el mal tiempo, que era como ella se sentía por aquel entonces.

No puede esperar a contárselo a su madre, coge el autobús y va directa a verla. En el umbral, abre la pesada puerta que chirría bajo su esfuerzo. El olor a ciprés la embriaga una vez más. Busca una silla "¿por qué en tanto espacio siempre sólo hay una?". Se sienta delante de su madre y nota como las lágrimas le oprimen la garganta. Acaricia la fría piedra de mármol como tantas veces su madre le acarició a ella la mejilla. Se acuerda de cómo le ponía el pelo detrás de la oreja y le repetía su promesa:

—No llores más que en cuanto cumplas catorce años, dejo a tu padre.

Y es que es duro perder a una madre en cualquier circunstancia, pero perderla por esto (no quiere ni nombrarlo). Tantas veces se preguntó ¿por qué? ¿Qué sentido tiene este tipo de violencia? Pero ve esperanza en el pequeño paso de su entrevistador "que bien te habría caído mamá". Se seca las lágrimas y se recoge el pelo detrás de la oreja, con un vago recuerdo de lo que significa que tu madre te consuele.

—Mamá, hoy vengo a darte una gran noticia.